

SOCIEDAD-RED

JOSU JON IMAZ

16.10.08

Un buen indicador de cómo se van conformando nuestras sociedades nos lo proporciona una fotografía nocturna de la Tierra. Se pueden ver las zonas desarrolladas como zonas muy luminosas. Es espectacular la luminosidad de Europa, de Estados Unidos, sobre todo en la costa este y en el Pacífico, y la de Japón. África es casi una mancha oscura. Una cosa que llama la atención es que cada vez hay menos centros luminosos rodeados de zonas oscuras. Quizá Buenos Aires, Johannesburgo y en menor medida Sao Paulo pueden ser ejemplo de ello.

Si miramos las zonas de elevado desarrollo, los puntos quedan sustituidos por redes o zonas difusas iluminadas. Un indicador de desarrollo puede ser precisamente el grado de reticulación de la luminosidad en la fotografía. Si comparásemos esta fotografía con una tomada años atrás, la reticulación sería menor en la antigua. Cuando hablamos de sociedad-red hablamos de todo esto, no de Internet y una determinada tecnología. Internet ha contribuido decisivamente a la aceleración de la sociedad-red, pero ya anteriormente se estaba dando un fenómeno como el de la fotografía, y que responde a un nuevo concepto de civilización.

Dice el profesor Innerarity, considerado por Le Nouvel Observateur como uno de los veinticinco pensadores europeos más importantes del siglo XXI, en su ensayo *La sociedad invisible*, que los nuevos espacios tienden a la desaparición de los centros y a la formación de redes. No se configuran ya a partir del modelo de las antiguas concentraciones, sino

que empiezan a ofrecer el aspecto de una extensa malla. Pongamos el ejemplo de las redes de carreteras. Hemos conocido una malla de baja densidad, radial, siempre tendente a un centro, y no pensemos sólo en la figura radial que confluía en el kilómetro cero de la Puerta del Sol, o en el centro en estrella que enmarca el Arco del Triunfo en París. Pensemos en el Imperio Romano con su red radial de vías confluyendo en Roma. El proceso de civilización, apunta Daniel Innerarity, posiblemente no sea más que una creación de mallas y redes más densas que van rompiendo el carácter radial, y van tejiendo algo mucho más multipolar, porque la creación de muchas mayores conexiones de todo tipo posibilitan la incorporación de nuevos nodos (nuevas realidades). Los llamados BRIC (Brasil, Rusia, India, China, Latinoamérica, Indonesia o los países del Golfo Pérsico) son esos nuevos nodos, y el mallado de red de todo tipo (tecnologías de información y comunicación, redes culturales, comercio, colaboraciones académicas, corporaciones empresariales...) se va espesando, disminuyendo los papeles del centro.

Hace unos días se ha publicado un libro escrito por Ugarte, Quintana, Gómez y Fuentes titulado *De las naciones a las redes*, que he tenido el honor de prorrogar, y este libro describe muy bien lo que nos está pasando en este nuevo mundo que se está creando. En lo que respecta al campo de la política y las transformaciones institucionales, Internet nace sobre terreno abonado, porque la crisis o transformación del concepto de nación se había iniciado hace ya décadas. Tres guerras europeas en menos de un siglo que culminan con la debacle de 1945 hacen replantear el modelo del estado-nación clásico y la soberanía absoluta. El proyecto de Unión Europea es quizá el modelo más innovador para dar una respuesta a las fallas de una realidad que sigue basada en el sistema estatal, pero lo innova creando nuevos espacios e

interacciones superadoras del concepto tradicional de frontera. Nuevos espacios abiertos se crean también para abordar realidades que son novedosas: los problemas medioambientales, los problemas globales de alimentación, los organismos reguladores del comercio, los ámbitos de justicia y seguridad supraestatales son estructuras y ámbitos creados para abordar problemas que no encuentran respuesta en los límites estatales clásicos.

Para abordar el análisis de política en la red, hay que hablar desde mi punto de vista de todo esto. Y quizá uno de los aspectos que más cambia en la concepción política, es el territorio. El territorio y el principio de territorialidad han sido históricamente la base del espacio político. Desde la paz de Westfalia, el Estado articula en el territorio la comunidad política, uniformiza la cultura y la lengua, asegura la seguridad interna y establece el control social y político. Con sus muchas imperfecciones, es la base del orden político moderno. Pero dónde antes había territorio y estabilidad, ahora hay red, interrelación y posiblemente más incertidumbre.

La Unión Europea o la necesidad de responder a las crisis financieras desde instituciones y políticas globales como estamos viendo estos días, son posiblemente ejemplos de esa interrelación y búsqueda de amplios espacios o redes que superan el territorio clásico. Pero hay otro fenómeno paralelo. Kenichi Ohmae había analizado ya en *De los estados-nación a los estados-región* el surgimiento de nuevas realidades económicas, constituidas por hinterlands más homogéneos que en algunos casos hacían de las regiones espacios más dinámicos y en otros creaban áreas que disolvían las fronteras como azucarillos creando nuevos ámbitos de relación. También en los 90, el trabajo *McWorld vs.*

Yihad superponía ese análisis económico de Ohmae al surgimiento de movimientos de reafirmación de la identidad, en algunos casos defensivos, como respuesta a las nuevas realidades que la globalización iba creando.

El Club de Roma, en un trabajo de prospectiva publicado en 1992 con el título “La primera revolución global”, analiza estas dos tendencias, una centrípeta, y otra centrífuga que se están produciendo en el mundo, y concluye diciendo: *“El aparente conflicto es el resultado de la dificultad de reconciliar esas dos tendencias en el marco del actual sistema político, que está basado de manera rígida sobre el modelo de estado-nación. Lo que nos hace falta es una reformulación de los niveles apropiados para la toma de decisiones, con el objetivo de acercar todo lo posible los lugares para la toma de decisiones a aquellos que aprovechan o sufren las consecuencias de las mismas”*.

Yo diría que hoy en día, el espacio público o la política en definitiva, responde más a lógicas de redes de relación que a esquemas de centralidad. El acceso a la información, a los bienes y a muchos servicios es cada vez más universal y no tiene centro. Es verdad que todavía existen fuertes tendencias que privilegian la posición de los centros. Ejemplos de ello son nuestra propia periferización creciente en la Unión Europea a medida que el centro de gravedad se desplaza hacia el centro y este de Europa, o la propia fuerza centrípeta en términos económicos y de grandes corporaciones empresariales que existe en el Estado español. Pero cada vez más las oportunidades para las conexiones en red, en muchos casos transnacionales, superando o ignorando las fronteras, permiten configurar intereses diferentes. Estoy pensando en la alianza estratégica Euskadi-Aquitania en materia logística e

infraestructural, o en las cooperaciones complejas que se empiezan a dar entre las dos orillas del Pacífico, Latinoamérica y Asia.

Quisiera mencionar un ejemplo concreto de cambio en el mundo con punto central que hemos vivido. Cuando conecto mi UBS Modem que me permite entrar en Internet con conexión inalámbrica, me sale un mapa mundi azul en el que el antaño central Océano Atlántico se me pierde por los extremos. En el medio está el Pacífico. ¿Es el Pacífico el nuevo centro? Sinceramente creo que no. En un mundo en red cada uno podemos poner el centro donde nos interesa, porque, muy probablemente, el centro está dejando de existir.

Creo sinceramente que la política que triunfe tiene que asumir esta realidad. Pero esta reflexión tiene muchas facetas. Por ejemplo debe abordarse una nueva gobernanza mundial que responda a esta nueva realidad, desde la multilateralidad y los liderazgos compartidos en red. ¿O no es un tímido intento de algo similar lo que estamos viendo estas últimas semanas en el campo financiero? Por otro lado, en otros niveles, lo político se ha escapado de la categoría del Estado. Esto es válido en el ámbito europeo, en el estatal, en el regional o en el local. Dice Innerarity en *La Sociedad Invisible*, que buena parte de la política que hacen los Estados nacionales está encaminada a simular que actúan en un contexto territorial definido y a disimular las implicaciones y relaciones extraterritoriales en las que están atrapados.

Estos días lo estamos viendo con mucha claridad. Cuando un presidente de gobierno de un país europeo sale diciendo con mucha seguridad que toma medidas para generar confianza en el sistema financiero, en el fondo está tratando de asumir el control de una situación que requiere

medidas que escapan a su dimensión. Afortunadamente, por encima de los discursos previos, las políticas adoptadas el pasado fin de semana han asumido esta realidad. Cuando el presidente del gobierno de un Estado de la Unión plantea sus políticas de inmigración obviando que la mayor parte de ellas no están ya en su mano, en la medida en la que conformamos un espacio de libre circulación de personas, está entrando en este juego de disimulo. Todo ello sucede porque los espacios y las redes se superponen al día de hoy, y sobre un territorio se superponen varias comunidades políticas todas ellas interrelacionadas.

Esto es válido para políticas tan concretas como por ejemplo el análisis de la gobernanza de las políticas tecnológicas en la Unión Europea. Los espacios regionales conforman los mecanismos más efectivos de cooperación público-privada a la hora de cumplir los objetivos emanados desde las instancias comunitarias, convirtiéndose de facto en sus mejores aliadas. Pero esas políticas regionales se definen a su vez en base a políticas estratégicas definidas en Bruselas. Por otro lado, el espacio regional y estatal interactúan tratando ambos de desarrollar toda su potencialidad.

Pero tampoco el espacio regional conforma un territorio cerrado, porque los tejidos urbanos cooperan unos con otros yendo más allá de las cooperaciones regionales. Así, la cooperación urbana Hendaya-Hondarribia-Irun en temas que van desde la gestión de los residuos sólidos urbanos hasta la promoción turística es más intensa que la que puede plantearse en el ámbito Euskadi-Aquitania, pese a que los elementos culturales y lingüísticos unen estrechamente a estos dos ámbitos.

Respecto a cómo va a afectar todo este proceso al concepto de nación, puede que todo esto sea posiblemente sólo el comienzo. A futuro, será posiblemente la confluencia e interacción de los nuevos espacios conversacionales transnacionales y los espacios económicos de ámbito similar lo que haga surgir en toda su dimensión las nuevas identidades. Y en éstas va a jugar un papel primordial el espacio lingüístico de comunicación, como también es subrayado en el trabajo *De las naciones a las redes* de Ugarte. Las estructuras políticas que surjan de estas realidades en red no podemos todavía intuir las en toda su dimensión, pero todo apunta a que pueden aportar una menor dependencia del territorio y pueden revalorizar los espacios de libertad personal y política.

Hay también riesgos de integrismo, de fuerzas temerosas al cambio que pueden además aprovecharse de la estructura reticular de un mundo en red para golpear en la libertad y en la seguridad de estas nuevas realidades. Pero hay también grandes oportunidades. Las identidades clásicas minorizadas, los pequeños espacios culturales y lingüísticos, pueden ganar en este mundo que se crea si apuestan por la red frente al muro y si optan por ser un nodo más, con sus propias conexiones internas con los que comparten esa vivencia, a su vez abiertos a otros nodos.

En la nación clásica, el riesgo de construirse frente al otro, contra la otra identidad era muy fácil. El reafirmarse *frente a...* podía fortalecer a los ojos de algunos la identidad propia. Sin embargo, la red exige apertura. Valgo más cuanto más conexiones tengo, cuanto más identidades de pertenencia tengo, cuanto mayor sea mi presencia en foros y realidades... En el fondo la red superadora del concepto clásico de nación facilita el que me construya *con el otro* en lugar de *frente al otro*. Y si

me construyo con muchos, paso a ser nodo fuerte de una retícula que me rodea, y mi propia identidad se fortalece. Compartir me hace fuerte y aislarme me debilita.

Al día de hoy no hay todavía respuesta a muchas de las reflexiones que la sociedad-red plantea al concepto de nación. Lo iremos viendo. Pero todo apunta a que el horizonte reticular, quizá postnacional, en el que los planos de las identidades y las interrelaciones sean múltiples y complejas, empieza a esbozarse. Ponerle freno a la corriente de agua es baldío. Pensemos en las oportunidades, en las dosis de libertad que ganamos y en la riqueza de nuevas realidades que vamos a convertirlas en parte de nosotros mismos. Analicemos los problemas, anticipémonos a las fallas y debilidades de la nueva realidad y tratemos de buscar soluciones para las mismas. Pero la partida puede merecer la pena. Las guerras religiosas en occidente desaparecieron y ello no significa que nadie haya tenido que renunciar a la religión. ¿Podrá un mundo en red colaborar a superar los conflictos nacionales sin que nadie se vea obligado a renunciar a una identidad y sin que nadie tenga que imponer ninguna? Yo creo que esto es todo un desafío.

Me debo referir también a Partido en la red, o incluso podríamos hablar de candidatos en la red de forma más genérica. Aunque creo que en esta materia estamos todavía en los prolegómenos de un fenómeno. Un experto en comunicación como Luis Aranberri *Amatiño*, ha teorizado sobre el programa de televisión *Caiga quien caiga*. El programa que Tele5 lanzó al mercado en 1996 es, en opinión de *Amatiño*, el primer contenido propiamente televisivo. Hasta entonces la televisión nos mostraba productos que ya existían, y que se enriquecían con la imagen y se revalorizaban con la cercanía: noticias, películas, deporte, obras de

teatro, musicales,... Todos estos contenidos son imaginables en la radio, en el cine, en el teatro o en formatos previamente conocidos. Hicieron falta décadas para que se crease un producto inconcebible fuera del espacio televisivo. ¿Se imaginan esos juegos de cámara, la aceleración de imagen o los cambios de plano protagonizados entonces por el Gran Wyoming, fuera del formato tecnológico que la televisión permite?

Cada medio de comunicación ha tenido su político de referencia. Las emisiones de radio comenzaron en Estados Unidos en 1920. Sin embargo, hicieron falta doce años hasta que Franklin Delano Roosevelt convirtiera la radio en su gran instrumento electoral. Su voz atractiva, sus mensajes cálidos, conciliadores y alejados del enfrentamiento de la política clásica le llevaron a la Casa Blanca en las elecciones de 1932. Durante su mandato, el *New Deal* sentó las bases del Estado del Bienestar gracias al liderazgo de Roosevelt, quien a lo largo de dos años acercó a los hogares norteamericanos a través de sus *charlas junto al fuego* en la radio, su proyecto de contrato social. La declaración de guerra a Japón y sus mensajes a la sociedad americana liderando aquel supremo esfuerzo industrial y militar que llevó a la victoria contra el nazismo, son un clásico del género.

En 1950 había ya diez millones de televisores en Estados Unidos, pero tuvo que pasar una década hasta que John F. Kennedy utilizara su encanto en el medio para derrotar a Richard Nixon. La campaña de Kennedy en 1960 se basó fundamentalmente en la televisión. Nixon no entendió que el medio para transmitir el mensaje había cambiado, y perdió la presidencia por dos décimas del voto popular. Los estudios indican que un 6% de los votantes se decidió por los cuatro debates televisados. Hoy, incluso los mítines electorales se dirigen

fundamentalmente a la cámara, y los congresos de los partidos han copiado el modelo de las convenciones americanas y son auténticos platós de televisión.

En 1996 asistí a la Convención Demócrata de Chicago, donde Clinton fue reelegido candidato. Yo ya era usuario de Internet, pero allí Internet no estaba presente. Asistí a la campaña demócrata de 2004 en Boston, y salvo los incipientes blogs de avezados internautas y el fenómeno de Howard Dean, que posiblemente fuera el primer intento de basar una campaña en la red, el papel de Internet era como el de la televisión antes de la irrupción de *Caiga quien caiga*. Prácticamente acercaba lo que ya existía, pero no innovaba realmente con contenidos nuevos que marcaran la diferencia.

Obama ha conseguido convertirse en el primer candidato presidencial nominado gracias a la nueva tecnología incipiente: Internet. Obama no se ha limitado a tener una moderna página web ni a alimentar un blog. La clave de su éxito está en un modelo de red social, que moviliza a millones de personas, en el que Internet es la tecnología que multiplica el acceso a la gente. Toda una red de innovación en Silicon Valley está al servicio de Barack Obama, aplicando las técnicas que sitios pioneros como facebook.com o myspace.com han desarrollado, a las necesidades de una campaña política. La piedra angular del trabajo que realizan se basa en un principio muy sencillo: todos somos más sensibles al intercambio de información o a la opinión de una persona cercana a nosotros que a un político lejano o a un experto. En esas redes sociales, es el amigo, el vecino o el compañero de universidad el que se convierte en transmisor. Obama ha hecho de la comunidad su gran aliada. De ahí su

arrollador triunfo en los estados que mantienen el sistema de *caucus* (asambleas de partido), frente al voto clásico directo.

Hillary Clinton no fue consciente de la fuerza de Internet al comienzo de su campaña. Su ventaja en las encuestas, su reconocida capacidad y una financiación sólida, le hicieron pensar que aquel senador por Illinois no pasaría de las primarias celebradas en enero. Después del supermartes del 5 de febrero, Hillary se había quedado sin dinero y la financiación entraba a espaldas a la campaña de Obama. Pequeños donativos por Internet de incluso quince dólares, diez euros al cambio, han creado una inmensa máquina de financiar una campaña. El mérito de Obama no es sólo haber creado una red social atractiva. Además de eso, la ha convertido en dinero.

Las personas que entran en la red de Obama no se limitan a dar su voto. Los compromisos asumidos incitan a la gente a sentirse protagonista de la campaña, dar donativos, hacer llamadas a favor de su candidatura, visitar domicilios y organizar reuniones para impulsar a Obama en su comunidad o en su centro de trabajo. Ha nacido una nueva forma de socializar un proyecto político y ganar unas elecciones. El que no lo asuma, se parecerá posiblemente a aquel Nixon apagado y monocorde que no entendió lo que era la televisión. Es curioso que cuando nosotros hemos acuñado el término *campaña a la americana* para referirnos al puro marketing televisivo, los americanos vuelvan al origen de lo que fue una campaña en una democracia. El *puerta a puerta* y el *boca a oído*. Pero ahora multiplicados por la fuerza de Internet.

¿Hay riesgos en la red? Por supuesto que sí, y anda de esto será sencillo. Hay temas que *a priori* me preocupa que no se resuelvan adecuadamente

en estos nuevos entornos. Por ejemplo, la solidaridad con los más débiles, aquellos que han sido golpeados por la vida, aquellos que son protegidos por un espacio de solidaridad en las estructuras nacionales clásicas, con su comunitarismo, y pueden ser los perdedores en las nuevas *Freedonia*, o en los espacios y redes de mayor libertad y libre adhesión de las personas, pero ausentes de mecanismos de cohesión social. Es un aspecto a trabajar, a construir y a articular.

Estas son algunas reflexiones sobre política, partidos, nación y riesgos en la sociedad-red. Con más preguntas y dudas que certezas. Pero quizá debamos acostumbrarnos a que la incertidumbre pase a ser nuestro compañero de viaje permanente en los tiempos que nos han tocado vivir.